

## REACCION SOCIAL DE LA "PACOTILLA" Y DE LO "CURS"

Por Ana Maria Borrero

**V**OY a tratar de dos temas distintos, apartándome de lo que reza el diccionario y del sentido corriente que hemos dado a una y a otra cosa.

Debo escapar también al significado que se ha dado a la palabra "cursería" en su acepción vulgar, y tratar de la "pacotilla" como podría referirme a una modalidad de determinada época o a un estilo en las gentes o en las cosas.

No voy, pues, a referirme a lo "cursi" en materia de modas. Un traje del año pasado, por ejemplo, se califica de "cursi" este año, etcétera. No. No quiero tratar de la "cursería" en relación con la moda, porque ésta es a mi juicio una actividad comercial como otra cualquiera, inconsistente, efímera y sin mayor trascendencia.

En cambio, pienso que la "cursería" propiamente dicha y la "pacotilla" son características, como estilos perfectamente marcados, de dos épocas que aun tenemos entre las manos, y que ambos aspectos influyen de modo muy opuesto sobre nosotros.

La "cursería" constituyó a mi juicio una de las virtudes más excelsas del siglo pasado. A ella se debió acaso el heroísmo de nuestros hombres de ayer, la bondad y recio carácter de nuestras abuelas, la solidez del hogar de entonces.

La "cursería" fué, para mí, producto de un modo noble y sencillo de vivir más que el aspecto de una corbata o un sombrero. Y a medida que este siglo nos fué haciendo más complicados y elegantes, a medida que lo "cursi" fué desapareciendo de nuestra vida diaria y que lo fuimos despreciando con más saña, fué desapareciendo de nuestra sociedad la sencillez de costumbres, la ingenuidad, la honradez, y desde luego, la alegría.

Porque si analizamos la "cursería" descubriremos que siempre debajo de lo "cursi" laten una virtud y un esfuerzo sincero. Lo "cursi" es siempre, pues, esencialmente ingenuo, esencialmente inofensivo y sin trascendencia morbosa alguna.

No tenemos, pues, por qué preocuparnos tanto por una cosa y tan poco por otra. Un estado social de "cursería", sea en el vestir o en las costumbres, no ha de afectar jamás en lo moral, básicamente, al individuo, a la vida privada, a la estabilidad del hogar y de la sociedad en general.

Lo "cursi" desde luego es casi imposible de definir en sí mismo. Es, como lo *chic*, algo perfectamente apreciable y visible, pero del todo inexplicable. Podría acaso definirse lo "cursi" como la consecuencia de diversos errores, y lo *chic* como el resultado de un *máximum* de aciertos: siempre bajo el punto de vista de leyes de la proporción y de la armonía, hartos difíciles de definir también.

Pero lo "cursi" en mi opinión es y ha sido el resultado de un estado de infantilismo espiritual nunca pernicioso en su fondo, en su forma o en su consecuencia. La reacción, pues, de la "cursería" es casi beatífica, no puede traspasarnos la epidermis. Si no educa, si no eleva, tampoco daña ni envilece. Y su existencia demuestra siempre la presencia de almas confiadas y sanas.

Y me refiero desde luego a la "cursería" en todos sus aspectos, como una enfermedad "que no se pega", como algo "no contagiable", porque la entiendo atributo personalísimo de un estado interior de ultrasencillez, de simpleza y de falta de malicia. Y lo prueba el hecho de que en el grado en que nos vamos haciendo más maliciosos, vamos dejando de ser "cursis", o lo que es lo mismo, ingenuos.

No reside la "cursería", por tanto, en un traje o un mueble pasado de moda, sino que representa el balbucear de los espíritus cándidos que creen sinceramente expresarse así en el mejor lenguaje.

No ha de extrañarnos entonces que la verdadera y genuina "cursería" del siglo pasado se haya ido extinguiendo entre nosotros a medida que se han ido relajando las costumbres y los puntos de vista, y a compás de las grandes claudicaciones morales. Porque la "cursería", como la "pacotilla", tienen climas propios, surgidos a su vez de estados sociales opuestos.

Es, pues, consecuencia lógica que desde principios de siglo lo "cursi", exceso de buena fe, haya ido cediendo terreno a la "pacotilla", exceso de engaño y malicia.

Porque "pacotilla" es para mí —ya se trate de un sombrero o de un hombre, de un edificio o de un verso— todo aquello que pretenda parecer lo que no es en esencia. "Pacotilla" es lo que imita a lo "superior", sin serlo; lo que fué creado de antemano para explotación y engaño; lo que pretende usurpar el sitio de lo óptimo; lo que se propone, en una palabra, desplazar a lo verdadero con lo falso.

La "pacotilla" se ha ido instalando en nosotros desde hace tiempo, no por virtud de su brillo, sino por nuestro propio desdoro. La hemos dejado llegar y hacer su casa sobre nuestras tradicionales virtudes. Y hoy la ola deslumbrante y arrolladora cierra el horizonte...

Pero ya la flamante cortina se nos destiñe al volver de unas horas; la llave inglesa se nos quiebra en dos al primer tornillo; y el matrimonio, por no ir más lejos, se nos deshace a los treinta días, porque ni el hombre ni la mujer han sido tampoco templados del todo.

En el campo del arte, donde unos cuantos se resisten al ritmo degradante, un solo tema parece inspirar la producción patria: el bongó, el sudor, la maraca. ¡Como si no existiera todo un pasado romántico de fidelidad y sacrificio entre el negro y el blanco, y una epopeya gigantesca—de la República atrás—, donde mojar la pluma y fundir el verso! Y así, sin querer, sin darnos cuenta, nos vamos sumando todos a la gran Conga social seductora y suicida.

La "pacotilla" no es producto cubano ni pecado patrio, pero sí lo es el convertirnos sumisamente a ella. La nefasta transfusión viaja en primera o hecha paquetes en las bodegas de los grandes barcos, y ya en tierra propicia, germina y florece al volver de la luna.

Gigantes y enanos deben tener la misma altura, el mismo esmero e idéntico brillo. La mentida nivelación social que nos ofrece la "pacotilla", ciñendo la pulsera de diamantes falsos al brazo de la obrera, es un grave atentado a la Naturaleza, toda ella tan llena de jerarquías y aristocracias. La sortija y el radio a plazos colocan al indigente sin duda a nivel con el rico, pero es un nivel falso, creador de una miseria mucho mayor al cursar del tiempo. Si el hombre no lucha y conquista, se degrada y anula.

Hoy por hoy, industrias formidables se dedican al cuidadoso cultivo de lo falso, al usufructo de la idea genial y ajena. Desde Vinci hasta Patou se copia sin piedad el gesto más personal y privado, y se ofrece más tarde por unos céntimos.

No creo yo que los Murillos a peseta y las porcelanas de Sajonia a diez centavos hayan logrado redimir a las masas o educarles el gusto hacia la altura; ni que la "obra maestra" multiplicada al infinito haya hecho al hombre de la calle más feliz ni más apto.

La "pacotilla" nos ha vendido, desde luego, el máximo de "bien parecer" con el minimum de esfuerzo. Nos ha hecho sentir millonarias bajo nuestras joyas de hojalata; reinas de la moda bajo nuestros bordados de lentejuela barata. Y ya en la cúspide de la apariencia y del "figurado", nada nos ha quedado que intentar, nada que conquistar con la mente o la mano.

Su reacción social es, pues, funesta siempre, por cuanto tuerce los rumbos espirituales más limpios, destruye las iniciativas más espontáneas y urgentes, siembra el desequilibrio inherente a todas las farsas.

Cuando a principios de siglo las señoras cubanas cambiaron sus mamparas coloniales de cristal muselina por las abigarradas puertas talladas de lirios que el *Art Nouveau* nos trajo, y cuando se cambió el primer sofá de palisandro por la horrible butaca de perillitas, comenzó la "pacotilla" su obra elegantizante y demoleadora entre nosotros.

Cuba tuvo hasta entonces su elegancia o su "cursería" propias, hijas de sus costumbres sencillas, de las manos sin maquillar de sus mujeres. Nuestras señoras cursis de antaño se bordaban sus blusas y zurcían sus medias. Tenían el orgullo de la sábana intacta, del nitido "rodapié" de randa... Llevaban, en una palabra, su "cursería", con una elegancia deliciosa.

Su "reunión familiar" de limonada y panales, fué acaso más entretenida y alegre que nuestras comidas paradas de hoy, a donde vamos jadeantes y angustiados; porque la "pacotilla" nos ha tornado perezosos y tristes...

Después de habernos echado del hogar tras un miraje de felicidad fácil y a poco precio, y ya engrapados en la gran comedia, la "pacotilla" ha alentado a los trepadores de oficio, a esas gentes de baratija que en una arriesgada pirueta se prenden al cuello de la sociedad—durante un día o durante una época—como esos deslumbrantes collares de vidrio que se venden a diez centavos por las esquinas.

Pero no ha de atontarnos para



siempre el sutil embrujamiento de la joya barata y de la imitación del hombre... Empezamos a sentir la inefable nostalgia de lo cursi. Los rastros y las viejas casas de empeño se ponen de moda.

Ni el arte moderno—que fué inicialmente una formidable reacción contra la “pacotilla”—ha logrado calentarnos el alma por entero, ni los nuevos sistemas sociales nos han dado su fórmula definitiva, y volvemos los ojos a un pasado bastante remoto ya para parecernos mejor que el presente.

A menudo nos sentimos manchados de la maraña enjoyada con que nos disfrazamos durante más de un cuarto de siglo, y quisiéramos ya desvestirnos de los lujos de bazar judío con que nos paseamos—a mil leguas de nosotros mismos—por más de treinta años.

Corremos a comprar de nuevo lo que vendimos a toda prisa en el mil novecientos. Pagamos las “lolas de San Miguel” que se lanzaron a los Fosos como si fueran lascas de Carrara; los viejos faroles coloniales arrancados con saña a las paredes habaneras cuando llenamos de guirnaldas nuestras fachadas tropicales, adornan hoy de nuevo nuestros jardines; pagáramos oro contante por las tejas manchadas por siglos de sol cubano que vendimos a Miami...

Necesitamos junto a nosotros, porque ya nos ahogan la cretona y el niquel, un sofá de medallones, un cojín de brocado granate, un espejo dorado que tenga en su marco palomas y angelitos. Y la enorme lámpara de canelones envuelta en tarlatana, tan cursi, ¡ay!, de principios de la República, ¿dónde pudiéramos adquirirla de nuevo?

Y no es que sea más cómodo el duro y estrecho sofá de medallones, ni que alumbre mejor la lámpara de Baccarat labrado... Es que tenemos hambre de lo ingenuo, necesidad de lo sencillo, y nos rodeamos de objetos de otras épocas en la esperanza de que nos hablen de nuevo, de que nos acompañen y nos consuelen del presente.

Inútil empeño, desde luego. Se nos ha cambiado el corazón y el idioma. Ni aquella “cursería” del lejano ayer fué capricho de ebánistas, sino cándida florescencia, pueril si se quiere, pero siempre gallarda y valerosa, del alma cubana.

Acaso esté cercano el día en que tengamos que intentar “cultivos” de lo cursi para salvarnos del virus de la “pacotilla”; o quizás, y pese a nuestras llamadas al pasado, acabemos de perder en el camino cuanto nos reste de candor y simpleza. ¡Da escalofríos pensar en lo que ha de ser la “pacotilla” del porvenir, si cada hombre no defiende ferozmente su íntimo tesoro de bondades!

De un modo u otro, la verdadera democracia no habrá de consistir jamás en poner en las manos del pobre la rutilante imitación de la prosperidad y del lujo, sino definitivamente, en enseñarle a conquistarlo con su propio esfuerzo. No son hoy nuestras criadas vestidas a la moda de Hollywood más fieles sirvientas ni más felices mujeres en su vida íntima. Ni seremos nosotros más ricos, sino mucho más pobres.

día en que convertido el mundo en un enorme Ten Cents, se vendan a níquel los maravillosos paisajes de Domingo Ramos, con marco y todo.

Sin duda es prematuro juzgar de la eficacia del sistema entronizado por la “pacotilla”; demasiado temprano para juzgar del desastre o la bondad de

esta venta a plazos mínimos de la felicidad y la ilusión del lujo. Pero vamos a suponer que nuestra reacción ha de ser enérgicamente contraria...

Y porque creo firmemente en la eficacia de la unión y de la familia, y porque tengo fe inquebrantable en la virtud moralizadora de lo que alcanzamos con

nuestro esfuerzo, de lo que fabricamos con nuestras manos, y en una palabra, de lo que pagamos al contado con nuestra propia sangre, preferiré mil veces la sobrecama de *crochet* francamente cursi a la colcha de damasco de fibra. Porque aquélla simboliza un esfuerzo y demuestra que algo en nuestra vida se ha pro-

yectado, se ha comenzado y se ha concluido... Y ésta es la cosa fácil y pretenciosa, adquirida quizás a plazos, simiente de angustia y de zozobra, y toda ella símbolo de la mentira y el fraude.

Y porque sus falsos reflejos van a dar al traste con nuestras virtudes más grandes.

CARTELES

*Carteles, die 27/40*